

León Rozitchner

Materialismo ensoñado

Ensayos



tinta
limón



Me llenarán la boca de flores | 1978, aguafuerte.



El velo rojo | óleo sobre lino, 49 x 69 x 4 cm.



Del otro lado | 1978, aguafuerte, 83 x 64 cm.



Enigma | 2005, óleo sobre lino, 140 x 115 x 4 cm.

León Rozitchner

Materialismo
ensoñado

Ensayos

Pinturas
Norma Bessouet



Rozitchner, León

Materialismo ensoñado. Ensayos / León Rozitchner ;
ilustrado por Norma Bessouet. - 1a. ed. - Buenos Aires :
Tinta Limón, 2011.

80 p. ; 19x14 cm.

ISBN 978-987-25185-9-2

1. Filosofía. I. Bessouet, Norma, ilus. II. Título.
CDD 190

Pinturas | Norma Bessouet

Diseño de tapa | Cucho Fernández

Agradecimientos | Norma Bessouet, Cristian Sucksdorf



Atribución-No Comercial-Sin Obras Derivadas
2.5 Argentina

© 2011, de la edición, Tinta Limón Ediciones
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
www.tintalimon.com.ar

Índice

Palabras previas	5
La <i>mater</i> del materialismo histórico	7
De la ensoñación materna al espectro patriarcal	
Ensoñación	33
La celebración	41
Naturalmente	65

Palabras previas

Los cuatro textos que reunimos aquí fueron escritos por León Rozitchner en los últimos años. El texto final, incluso, está fechado. La selección de imágenes de la pintora Norma Bessouet y la composición de los ensayos fue realizada por León. Para Tinta Limón, esta publicación es una alegría en medio de la tristeza de su despedida.

Todo este libro gira alrededor de la figura de la *mater* y del concepto clave de *materialismo ensoñado*. Avanza sobre la filosofía política que se deriva de ese regocijo primero y que se prolonga como lucha necesaria por imponer nuevos sentidos al mundo o bien abandonarse a un sometimiento alucinado. Apuestan a la afectividad como prosa del mundo. Todos reúnen rasgos comunes que caracterizan la escritura más reciente de León, en donde el registro filosófico se entremezcla con el impulso poético de la palabra y la radicalización de un rigor de los afectos. Esto es: una elucidación que parte de lo sensible para constituir desde allí una razón dispuesta a enfrentar las

políticas del terror devenido lenguaje técnico, mundo de la economía globalizada y rostro patriarcal/neoliberal del estado.

Su filosofía se niega a funcionar en el nivel de las “categorías puras”. Se opone a la humillación a la que nos someten –con su “dificultad”– los racionalismos abstractos. Pensar se convierte así en la conquista de una lengua propia, universal y singular al mismo tiempo.

Si preguntamos a partir de estos textos qué es pensar, León nos responde. Se piensa por impulso combativo, por necesidad, por dignidad ante los antepasados y ante uno mismo. No valen de mucho las buenas intenciones en general. Se piensa contra el terror, nunca bajo terror. Pensar es desafiar. Pensar es llamar al éxodo y organizarlo, ofreciendo una tierra prometida a los esclavos en rebelión. Pensar es una cuestión de angustia, porque la rebelión supone amenaza de muerte. Y porque “cuando el pueblo no lucha, la filosofía no piensa”. Pensar es un acto de amor profundo, de antiguas genealogías, de reconquista de un poder sensual y político del cuerpo que descubre así un poco más “lo que puede” ante lo que nos fue arrebatado. Pensar es celebrar.

Tinta Limón
7 de septiembre de 2011

La *mater* del materialismo histórico

De la ensoñación materna
al espectro patriarcal

*¿Por qué escribo versos? / ¿para volver al
vientre donde cada palabra va a nacer? /
¿por hilo tenue? / la poesía ¿es simulacro de
vos? / ¿tus penas y tus goces? / ¿te destruí
conmigo? / ¿por eso escribo versos?
Juan Gelman, Carta a mi madre.*

Si nos tomamos en serio el carácter prematuro del nacimiento del hombre a la cultura, quiero decir del niño que nace del vientre de madre y forma con ella al comienzo el primer Uno que sólo el tiempo irá desdoblado y separando, y reconocemos por lo tanto en nuestro origen la existencia de una etapa arcaica en la infancia donde la carne, materia ensoñada desde el origen de la materialidad humana, organiza las primeras experiencias en unidad simbiótica con el cuerpo que le dio vida, absoluto sin fisuras donde el sueño y la vigilia no estaban separados todavía. Y si pensamos que aquello que ahora llamamos “mundo exterior” al principio se despliega

desde adentro hacia afuera, donde una parte de lo ensoñado, puramente subjetiva al principio, queda cuasi encapsulada luego, sin salida, con la intensidad indeleble que tienen para siempre las primeras marcas. Y si al mismo tiempo sabemos que este capullo de imágenes y sensaciones que va floreciendo y se abre en el cuerpo del niño, cuyas raíces se despliegan sin distingo en la tierra de la madre en la que siguen buscando todavía su savia más profunda, esa madre queda contenida como fuente viva en una memoria que, por ser originaria, no tenía espejo para reflejarse porque las palabras como meros signos aún no existían. Y que cuando al fin se hagan dos y se separen, y los cuerpos antes yuxtapuestos se desunen, y el sueño y la vigilia se distancien y el niño se haga hombre, el Uno sensible se mantendrá como el secreto de la unidad imborrable con la madre, aunque la “realidad” de los que sólo sueñan cuando duermen conspire para olvidarla.

Y como ese hálito ensoñado penetró la materia y se extendió desde ella cubriendo la tierra, entonces su cuerpo expandido se hizo terra incógnita, aunque ese ensueño nos servía de guía porque mientras nos iba abriendo al mundo le daba sentido y ponía su áurea

humana a todas las cosas. Y a partir de ella esta experiencia primigenia nutrirá el sentido de todo pensamiento, aunque no nos demos cuenta porque sentirla siempre es como si ya no se la sintiera de sentirla tanto. Y por lo tanto como si no existiera, porque sobre el suelo de lo que hemos soñado en su cuerpo surgirá luego la conciencia cuyo sustento la razón nunca podrá alcanzar a definirlo, porque en su soplo inasible siguen navegando las palabras. Esa madre apalabrada es el continuo sentido vaporoso que emana del cuerpo en el cual se abre lo que llamamos nuestra alma. Y es por eso que el alma no puede ser pensada separada de ella. Porque su estela ensoñada será el origen inconsciente de todo pensamiento: la conciencia, ese éter –para decir algo que denote al afecto como puro sostén inasible que retiene el sentido– en el cual se inscriben todas las palabras, no tendrá conciencia de su propio fundamento sensible, donde lo imaginario y lo afectivo formaban una única y tenue sustancia, emanación sentida de la Cosa (la palabra “sentido” la acerca, la palabra “significación” la distancia). Esta es la paradoja: decir que un cuerpo habla, y después excluirlo de lo que las palabras dicen, como si el cuerpo no dijera nada.

Y si pensamos que el advenimiento del lenguaje y la racionalidad adulta –lo simbólico, se dice– aparece como si de golpe en su desenfado se instalara todo armado, y el “espíritu” descarnado hecho Verbo inconsútil penetrara en el cuerpo para levitarlo y elevarlo a lo sublime del pensamiento puro. Y se olvidara entonces de una lengua primera, la materna, que la madre le hablaba con palabras cocidas que eran para el niño sólo cuerpo ensoñado que su voz modulaba, y que desde allí se abrió el sentido. Y que sin ella “espíritu” no habría, aunque el lenguaje y el pensamiento desmientan su carnosa existencia originaria donde se prepara, como se dice, “la representación de lo absoluto en lo finito”. De allí el pensar del sufriente, que cree andar sin pensamiento sólo porque siente.

Si además pensamos que este primer mundo se origina antes de acceder al predominio implacable del tiempo y del espacio “objetivo” que las categorías tajantes del adentro y del afuera, poco a poco aprendidas, marcarán por medio del lenguaje el orden restrictivo y necesario –metros y minutos– al cual deberá someterse las fantasías intemporales e infinitas de la infancia. Y que sólo dejarán de serlo, se cree, porque no concuerdan con el imaginario

social en el cual algunas se prolongan travestidas, mientras que las más propias quedan contenidas sin salida porque el espanto que les llega del mundo les veda su paso.

Y si nos damos cuenta que la lengua llamada paterna en la que todos estamos incluidos, que ordenó con su lógica nuestro pensamiento, en realidad supone necesariamente una “lengua” anterior que la lingüística ha dejado de lado. Y si tratamos de recuperar esa primera lengua, que no tenía palabras que permitieran la separación entre significante y significado, y era diferente por lo tanto a la que ahora hablamos, pero que iba creando sin embargo el lugar más propio de ese intercambio que nos abrió el sentido, y que es necesario suponerla para hablar luego la que ahora hablamos. Y darnos cuenta entonces que esa lengua que la madre vocaliza con el niño fue el fundamento de una experiencia sensible en la cual el sentido –atribuir una cualidad a una cosa– o la significación se formaban, pero que aún no habían alcanzado a construir los significantes sostenidos por la palabra de una lengua orgánica cuya estructura *ex nihilo* no se pregunta por la experiencia histórica-arcaica que la ha creado. Y que por ello no se interroga por saber si

quizás sin la experiencia materna con el hijo que nació prematuro el lenguaje humano no hubiera existido.

Entonces, si seguimos, pensamos que la matriz de toda lengua hablada tuvo que formarse para cada uno, y también en nosotros, en ese interregno surgente de la propia historia donde todavía el significante coincidía con el significado sin poder distinguirse, —allí donde el sonido rosa melodiosa coincidía con la rosa misma, era la rosa-rosa la misma Cosa en la cual se confundían, porque era allí donde se incubaba la representación-cosa antes de incluirse en la representación-palabra. Y eso porque la experiencia sensible era el soporte del acto de vivirla en ese entremedio que entre los dos se abría: porque el sonido que la modulaba era una saliencia de la Cosa misma. El ensueño materno sería por lo tanto el éter en el cual el sentido circula. Y habría que reconocer, en consecuencia, que el sentido no es algo que se produce en el “espíritu”, porque la palabra en realidad para decirnos algo todavía se enrosca en un sentido encarnado en el cuerpo que se recorta y se despierta cuando las palabras lo tocan. Y si partiendo de esto pensamos que el soporte sonoro del sentido al principio no podría ser arbitrario,

como aparece en la lengua ya constituida que Saussure describe, porque los que van a ser luego soportes sonoros arbitrarios fueron sentidos –sentidos sentidos– que sentimos antes. Porque los sonidos eran el sostén melódico emergiendo dentro del acogimiento materno cuya materia es la de los sueños de los cuales aún no se distinguían, porque el sentido formaba cuerpo con su cuerpo.

Todo lo cual nos llevaría a decir que las significaciones arcaicas van surgiendo en la coalescencia de afectos, sabores, olores, saliencias rugosas o lisas, cavidades húmedas de un cuerpo erógeno pleno de pregnancias y fragancias que los dedos voraces excavan para atraparlas antes que se desvanezcan, imágenes confusas superpuestas, ritmadas y conglomeradas por la melodía sonora de la voz materna que sintetiza y ordena el caos de las sensaciones y de las cualidades. Y que así se fueron abriendo camino los enlaces creadores de un sentido que incluye lo disperso y lo organiza: construye el primer “concreto sentido”, esa originaria síntesis de lo múltiple o esa unidad de lo diverso. Y que por eso debe estar supuesto como prolongado en lo “concreto real pensado” que Marx expone en su metodología científica cuando

nos describe *“esa iluminación general donde bañan todos los colores, y que les da su singularidad. Ese éter particular que determina el peso específico de todo lo que existe en él de saliente”*. ¿De qué materia está hecho ese éter del materialismo dialéctico?

Y si pensamos que ese imaginario denso aunque simple, intenso aunque acotado, que el tiempo ritmado irá diluyendo aunque sus nervaduras sean conservadas, fue surgiendo en cada enlace vivido que se abría en el cuerpo erógeno donde las cualidades se iban desplegando enlazadas para decantarse en el sostén de un continuo ensoñado, y allí entonces otras nuevas podían inscribirse —como todavía lo hacemos cuando vemos algo. Entonces este resplandor vidente excede al pensamiento y lo que lo sostiene cuando piensa algo es la misma urdimbre de ese tenue tapiz mágico e invisible del que la tecnología racional cristiana, ahora cartesiana, quiere separarnos para que veamos sólo cosas desnudas, cosas puramente cosas despojadas del ensoñamiento que las sigue sosteniendo. Nos sorprende que la razón, como razón absoluta en la que culmina, no quiera saber nada del comienzo ensoñado del cual ha partido. Eso sucede porque la premisa de la metafísica es:

al principio era el verbo. Entonces el ensoñamiento materno se hace invisible porque el afecto que lo sostiene fue suplantado por el espectro patriarcal que nos curó de espanto y es como si, tocado por el principio del tercero excluido, hubiera desaparecido para desvanecerse en el aire.

Y por eso pensamos que para enfrentarlo tenemos que comprender cuál fue el derrotero que su razón nos oculta: saber que el desarrollo humano desde el estadio prematuro del nacimiento del niño es el único origen histórico que, a diferencia de todos los otros que nos son externos tanto en el espacio como en el tiempo, sólo lo encontramos como indudable y vivo dentro de nosotros mismos —porque la historia recomienza cuando uno nace. Entonces es pensable que cada niño que nace como niño humano reproduce el primer nacimiento del hombre que también nació como niño prematuro y tuvo una madre que hizo posible que lengua humana hubiera más tarde. Si la madre no hubiera abierto con el hijo el espacio del ensoñamiento que es la trama del pensamiento, ninguna lengua hubiera podido crearse, porque no habría habido una materia ensoñada en la cual inscribirse. No hubiera existido un materialismo histórico.

Por eso no podemos menos que seguir pensando que el afecto es el que contiene el sentido, y si cuando pensamos no se reaviva para sostenerlo, y no sentimos que conmueva el cuerpo, dejamos de lado la prolongación ensoñada del cuerpo materno que es el “elemento”, el “éter” que da sentido pleno al pensamiento aunque sea “abstracto”, así como silenciamos el sonido originario de las palabras al leerlas sin que ni siquiera se muevan los labios. Y siguiendo este razonamiento podría decirse que todo afecto entonces sería un condensado apretado, ceñido, de experiencias vividas pasadas, porque cuando lo sentimos y queremos decirlo aviva en sordina la epifanía primera que le sigue dando el matiz de su origen. Y si había simbiosis con la madre, no por eso lo que estaba unido dejaba de ampliarse para espejarse en lo que la madre sentía, diapasón que vibraba en un unísono que era como si uno solo sintiera, en un espacio sensitivo abierto entre ambos, y allí se desplegaba con su voz la sinfonía de todos los sentidos que se prolonga en nosotros todavía. Y deberíamos pensar entonces que el amor materno sigue sosteniendo, y se despliega, en todas las relaciones adultas generosas, fraternas y amorosas.

Y esto sucede porque estos primeros enlaces permanecen para siempre inscriptos como marcas indelebles, soporte más denso de todo lo que luego habría de inscribirse como puramente subjetivo, origen de nuestra mismidad, antes que los espectros del mundo exterior al desplazarlas se convirtieran en un mundo extranjero interior y nos distanciara dentro de nosotros mismos. Y apareciera instaurada la “escisión del yo” y el “fetichismo” que Freud reconoce como el fundamento de la estructura psíquica, ese con el cual comienza nuestra adecuación al mundo social y “objetivo” al convertirnos en sujetos llamados escindidos. Y si nos preguntamos qué quedaron de esos enlaces cuando nos vamos haciendo adultos ¿no debiéramos afirmar entonces con toda contundencia que la materialidad ensoñada, fundamento primero de todo sentido, no desaparece nunca y seguirá siendo el soporte que la lengua patriarcal oculta al desplazarla —salvo cuando intenta reavivar la memoria más profunda, y entonces se hace poesía?

Y uno se explica entonces cómo la experiencia arcaica con la madre pudo ser negada y pudo pensarse como la Nada, el Vacío, el punto Cero de la palabra o “el Gran Huevo del caos”, si el ensueño del *ordo amoris* del

cuerpo materno fue suplantado por el espectro persecutorio del derecho paterno que sostiene la palabra que siempre es “de jure”, aunque jure en vano. ¿Qué mueve al espíritu, aunque vital lo llamen, si la “razón” ignora la experiencia pre-matura que lo hizo posible? A las dos lenguas –lengua materna y palabra paterna– algo debe sostenerlas para que puedan existir, y entonces la “palabra” patriarcal debe moverse metamorfoseando el mismo elemento etéreo y afectivo (en tanto afecto que sostiene el sentido) de la “lengua” materna originaria, sin la cual esa palabra no existiría, ahuyentada por el espectro del terror patriarcal que la suplanta sin reconocerla como estando en el origen del pensar humano. Por eso la lengua materna es el fundamento de la materialidad histórica, que existe mientras haya hombres vivos: mientras los hombres hablan, imaginan, piensan o sienten, porque es un *continuo* ensoñado presente en la *simultaneidad* viviente de todos los hombres que hacen que ella sea.

Y si nos preguntamos entonces ¿cómo suplanta una lengua a la otra?, la respuesta es sólo una: el terror las separa. En vez de evocar prolongando el ensueño vivido con la madre donde su infinitud se temporaliza, debe

hacerlo ahora en la estela pavorosa del espectro persecutorio racional del padre que borra sus huellas. La imagen espectral del padre externo debe agigantarse para desplazar la imagen aborígen materna –que se confunde en el principio con la nuestra propia.

Por eso, pensamos, no se logra relegar desplazando a la lengua corpórea materna sólo al suplantarla con la palabra “espíritu” o “alma”, como si esta palabra que nos dice tanto se sostuviera por sí misma. Si la lengua materna se sostiene en el ensoñamiento que emana de la relación de ambos cuerpos, el de la madre y del niño al principio unidos, cuando pasa a convertirse en “espíritu” debe sostenerse en la emanación corpórea evanescente de algo que también lo sostenga. Pero ahora es como si ese sostén sin sostén –relación sin relación, decía Hegel– viniera desde afuera, cadena de significantes que la lengua patriarcal soporta, como la piedra grabada soportaba las leyes divinas que Jehová le dictó a Moisés al bajar del monte. En verdad lo que sostiene al espíritu ahora es el espectro afectivo e imaginario del padre amenazante, circulando en la misma onda que la madre, que aniquila el sentimiento amoroso del ensoñamiento, y suplanta a la madre viva por una madre muerta.

Pero el espectro velado sigue llevando adentro el fantasma de la madre, porque el pavor lucha contra el ensueño en su mismo elemento. El espectro es siempre alucinado: ocupa el lugar donde la madre falta, el de su ausencia borrada, y aparece allí donde el poder quiere suplantarla. Pero el sostén ensoñado materno es indestructible. No olvidemos que en su “ética material de los valores” el judío converso Scheler, que hilaba fino, afirmaba que la “materialidad” de los valores más excelsos consistía en el afecto que los sostenía.

Entonces quizás haya que pensar que la poesía no es el lugar donde el “habla habla”, como pretendía Heidegger, para decirnos que era el Ser el que allí hablaba en nuestras palabras. Mejor sería decir, quizás, que la palabra poética habla prolongando en nosotros la lengua materna: convierte en lengua viva una lengua que fue dada por muerta. Retornar al sentido aborigen para decir desde lo más hondo lo inaudito, tratar de actualizar el ensoñamiento de las primeras palabras de una lengua perdida en la misma lengua que hablamos, reencontrar el sentido desde la infancia ya ida: “*Para volver al vientre donde cada palabra va a nacer?*”. Quizás por eso puede seguir preguntándose Juan Gelman

cuando recibe el galardón patriarcal más alto: “¿*No será la palabra poética el sueño de otro sueño?*”. Así entonces, como pensamos, la palabra de moneda corriente es la que dice que “la vida es sueño”, pero sueño vivido como si fuera la realidad misma, sin conciencia de ser sueño todavía —aunque así la haya titulado otro poeta—, y hay detrás de él otro sueño escondido aún sin palabras, a las que el poeta le pone las suyas para que la madre vuelva a hablarnos y reverdecirla como siempre viva. En la poesía-poesía es siempre la madre la que vuelve a hablar *de profundis* desde el habla originaria. Entonces podría decirse que la poesía abre nuevamente, para que florezca, la materialidad humana ensoñada primera, sin la cual el sentido mágico de la vivencia poética no existiría —y la vida cantante y sonante tampoco.

Y si sabemos que al principio el anhelo primero no reconoce espera porque vive en el sin tiempo del instante absoluto: basta desearlo para alcanzarlo, aunque luego la ausencia real del objeto de la satisfacción alucinada lo defraude. Pero aparece en su esplendor que los místicos llaman divino cuando la alucinan en estado de trance: posesos poseídos que el ensueño acoge. Ellos la hacen presente al

sentirse llenos en el instante fugaz del acontecimiento que transgrede al tiempo, y al invocar al Padre es la madre –bienaventurados– la que viene en silencio, puesto que quedaron solos, nuevamente a acogerlos. Porque estamos pensando que lo arcaico, que quedó amurallado dentro de uno mismo luego de abrir el camino donde el sentido ensoñado transita, es el surco afectivo materno que el espectro alucinado del padre recorre luego de cerrarle el camino a la madre. Y por eso sabemos, cuando el terror aparece, que entonces se transforma lo ensoñado en espectro de muerte, y se oscurecen todos los colores y todos los sentimientos se entumescen. Porque lo espectral es lo “real” ya desarrollado y sirve de soporte a todas las relaciones llamadas sin impudicia “mater-iales” y sólo nos queda, como dice Marx del residuo del trabajo: “una misma objetividad espectral”. El terror ha barrido al ensueño y suplantó con el pavor patriarcal al afecto materno.

Y sucede lo que nos pasó a todos nosotros: cuando el terror amenaza desde afuera se produce el retorno súbito, esquivando el tiempo para buscar cobijo, al origen de la satisfacción de la primera infancia cuyo lugar el amor de la madre abrió en nosotros,

cuando aún no había ni tiempo ni espacio objetivo desde el cual ahora el furor amenaza. Y entonces, por un tiempo al menos, nos quedamos a resguardo, tranquilos. La religión cristiana, que es el complemento del terror globalizador que evangeliza al mundo, se apoderó de la infancia arcaica y allí, en el mismo sitio, nos puso una madre nueva, una madre Virgen, para desplazar a la primera, caliente y gozosa, y en lo más profundo de nosotros volvemos a encontrar, como la Iglesia y el poder necesitan, una madre que habla la misma lengua que el espectro del padre. Quedamos sitiados adentro y afuera: no hay escape. Por eso el cristianismo necesita que exista una sola lengua, y que digan lo mismo el adulto y el niño. El ensueño materno fue suplantado por una pesadilla siniestra, para que siendo grandes seamos como niños de pecho nuevamente. El lugar vaciado de savia materna lo sobrevuela ahora el Padre sin rostro de Hamlet: el resplandor inmisericorde y vengativo del espectro paranoico que acusa a la madre de haberlo traicionado.

Y si pensamos que ese mundo primero vivido con la madre, que la memoria conserva, es el que san Agustín califica como “la vida feliz” que todos los hombres por el hecho de serlo

han vivido, que se actualiza para el santo en la entrega divina mientras le adjudica a Dios-Padre la leche materna. Y si sabemos, porque Marx lo escribe, que él mismo, siendo ateo, reconoce con un dejo de melancolía a la infancia de la humanidad como *“la atracción eterna del momento que no volverá nunca más”*. Y más tarde nos invita a que *“imagínemos”* a todas las fuerzas de hombres libres y concientes *“como una fuerza de trabajo social”* que se regularían por relaciones productivas racionales, producción y consumo para la *subsistencia* que dependerá del *“nivel histórico de desarrollo de sus productores”*, depuradas de toda ensoñación mítica, y allí entonces cada uno recibiría de acuerdo a su necesidad y daría acorde con su capacidad.

Pero esa forma social, tan humana como difícil de ser recreada, es la que en la infancia del niño todo hijo vive con la madre mientras ella lo amamanta y lo arrulla, donde le da todo al hijo sin pedir nada a cambio, sin equivalente, por amor al arte, sólo por el gusto amoroso de colmarlo en el acto en que al darse ella misma se colma, potlatch donde se usu-fructúa toda la riqueza y se la gasta en el placer compartido sin calcular nada—incluida la *“parte maldita”*, ese excedente

suntuoso que el Capital no tolera. Porque esa reverberación inconsciente pero sentida como viniendo desde los socavones de la memoria arcaica –“*como una fuerza*”, una sola fuerza ahora pensada “*de trabajo social*”– es la que le da el matiz melancólico a su lamento: “*la atracción eterna*”, por lo tanto fuera del tiempo, del “*momento*” vivido, por lo tanto situado en el tiempo, que “*no volverá nunca más*”.

Entonces volveríamos al deseo. Pero también sabemos que hay deseos y deseos, palabra que por querer decir tanto termina, al final, por decir nada. Deseos eran los de antes, no esos que aparecen después de aceptar la amenaza de castración del padre, cuyo simbolismo penetra en la lengua para transformarla en lengua independiente del cuerpo. Ser deseado por el deseo del otro, ese que instaure la historia entre amos y esclavos, es un deseo sólo de conciencia: al superar a la Naturaleza para que el Espíritu muestre en los hechos su desprecio por la vida del cuerpo, en ese comienzo metafísico de la sociabilidad humana es la madre como naturaleza despojada de historia a la que se renuncia y a la que desprecia. La historia para el cristiano Hegel comienza como lucha a muerte, *post festum*, luego de que lo más importante haya

sucedido, y allí se origina la figura abstracta del Otro en la filosofía, que sigue viva porque se sabe esclava y lo adopta como modelo para no pensarla. Ese Otro que sólo tiene conciencia para desear y ser deseado en su conciencia, es el hijo expósito de una madre ausente, que no la tuvo para protegerlo. El Ser del cual habla la metafísica no sería entonces sino el resplandor espectral tenebroso del padre que la ha desplazado y la ha convertido en naturaleza inorgánica: en naturaleza muerta.

Sin embargo, lo sabemos todos, sólo hay ganas, deseo verdadero, cuando la percepción está aureolada con la coronita que la memoria ensoñada de la infancia le pone a los seres y a las cosas. Sentido que seguimos buscando en el mundo exterior donde, creemos, el sueño y la alucinación estarían ausentes de las cosas que vemos, porque se confunde con la Cosa misma para que sea esa cosa, comprada con dinero, la Cosa de reemplazo. Si la Cosa hablara diría: todas las cosas se han prostituido cuando el Capital las conforma y les da su nueva forma “fetichista” en la cual aparece la paradoja marxista de un misticismo puramente racional, sin *mistos*, es decir sin otro misterio. Pero las cosas adquiridas como

mercancías reciben esa forma mística sólo cuando las sobrevuela desde más arriba el espectro del Dios-Padre abstracto cristiano, que desplazó al ensueño materno que les da a las cosas del mundo su valor humano. Eso no lo ve la economía política.

Y eso más bien sucede porque el ensoñamiento, que inauguró la historia desde lo materno y les devuelve su sentido humano originario, refulge en toda presencia de sentido pleno. Y nos daremos cuenta que este ensoñar está activo, aunque en sordina, hasta en el mundo material “objetivo” el cual, sólo porque somos hombres y tenemos un alma, se hace visible envuelto con las formas y los anhelos de esa experiencia de la infancia definitivamente ida. No se puede hablar entonces de materialismo, de cuerpo humano, si no recuperamos el “sentido” que, por ser histórico, la experiencia ensoñada con la madre le agrega para siempre a la materia. Deseada e imposible al mismo tiempo, porque esa coincidencia que la religión reanima sólo vuelve en el presente en las figuras que el cristianismo ofrece, siendo así que la madre arcaica se fue para siempre. Pero digamos algo más para que quede claro. Que ese

pasado de imposible retorno se haya ido para siempre, no por eso debemos entender —como la religión invita— que aspiramos a mantenerlo vivo tal cual fue vivido con su realidad absoluta en la primera infancia, acompañado como va ahora con nuevas figuras supletorias de aquellas antiguas que ocuparon su sitio. Y que nos lleva a seguir buscando lo perdido en el mundo infinito, como si aquel mundo pleno que dejamos al dejar la infancia, sin fisuras y sin tiempo, fuere el mismo que la religión nos ofrece, rechazando éste compartido que estamos viviendo con los otros cuerpos.

Porque en verdad esos ensueños de la infancia arcaica fueron transformados, con la misma materia de la fantasía, en espectros que la alucinación inviste de poderes inmisericordes para que el pensar no se pase de la raya rompiendo la barra que separa al significante del significado. Porque el amor recíproco y el acogimiento amoroso sin equivalencias de la madre al hijo, y el reconocimiento de su existencia como formando parte de la suya, eso queda congelado como si no fuera posible que se realizara en la sociedad adulta.

Y será por eso que la experiencia arcaica con la madre, negada pero siempre viva, sin embargo insiste: se convierte así en la can-

tera o en la reserva oculta de la cual extraen la reflexión metafísica y ética sus nociones abstractas, negando la experiencia sensible de la infancia, ahora sublimada: Dios, el Ser, lo absoluto, lo infinito, lo trascendente, el espíritu, etc. Y entonces quedan convertidos en meros etéreos conceptos ideales, esqueletos mustios del cuerpo materno aniquilado —y con el suyo el nuestro. No decimos que el Ser sea la madre, decimos que al concepto “ser” sólo podemos pensarlo desde ella, porque es la premisa sensible de todo pensamiento. La experiencia con el cuerpo de la madre fue sustituida por un cuerpo de palabras, acariciadas en la poesía, cortadas por el filo de la razón patriarcal en la metafísica y en la reflexión teórica a la que siempre esa otra dimensión le falta. Las cualidades sensibles y ensoñadas de la madre se han travestido y convertido en cualidades espectrales de los conceptos puramente “simbólicos” del pensamiento. Lo absoluto del sin tiempo materno se ha metamorfoseado en el absoluto eternamente abstracto de esos conceptos.

Y para decirlo en pocas palabras: ¿ustedes creen que podemos seguir pensando —y viendo— sin caer en la cuenta que la castración, de la cual se dice que nos habilita a la

vida como seres pensantes, no fue entonces solamente simbólica, que por el contrario nos marcó el cuerpo y que, quizás por eso, nuestra palabra ha quedado tan flácida? ¿Y por eso algunos filósofos a la moda que se las saben todas acudan nuevamente a llamarla “viril” para ocultarlo?

Ensoñación

*Diego:*¹ recibí tus aclaraciones sobre el ensueño y la ilusión, y se me ocurrió que era una buena ocasión para darle otra vuelta a esa palabra. Todo esto me parece muy vago, no sé si vale la pena, pero parecería que allí hay algo que se deja de lado cuando pensamos en los “temas” de eso que se llama la “filosofía”.

Ensoñación sería la “materia” del ensueño, anterior al sueño: el suelo afectivo que emana del cuerpo y que hace que cada relación vivida con alguien o algo pueda aparecer como sentida y cualificada en su ser presencia como teniendo un sentido: todo “repercute” en uno y cada cosa nos llama y nos interroga con nuestro propio nombre aunque no nos conozca. La conjunción vivida con el cuerpo de la madre del cual cada uno se ha desprendido dejó su estela donde se despliega, en su materialidad etérea, cada cosa

1. Este texto es parte de un intercambio de correos electrónicos con Diego Sztulwark.

que vemos, porque su cuerpo fue la primera materialidad extensiva desde la cual se fue abriendo, en su cuerpo expandido, la materialidad del mundo hasta abarcar todo lo que existe. El ojo del cuerpo fisiológico prepara para poner en juego la luminosidad que envuelve a las cosas y las denota en sus diferencias y en sus fluctuaciones continuas. El ojo es cuerpo que se expande cuando mira el mundo. Marx decía en los Manuscritos que “el ojo se había hecho ojo teórico en la práctica”. ¿Por qué entonces el cuerpo no podría haberse hecho cuerpo histórico en la práctica con la madre? El espacio que la mirada abre como capacidad de un cuerpo animado de vida fue organizada como mirada humana desde la mirada de la madre con la cual nos confundíamos y todo lo veíamos como si el espacio fuera acompañado de su cuerpo expandido donde se tramaban y se entretejían los primeros sentidos. La vista abre el espacio en el que el cuerpo se mueve con las imágenes que van dejando los seres y las cosas, pero acompañadas siempre por esa coalescencia de sonidos, cadencias, sabores, fragancias, lisuras y rigurosidades que hacen que cada cosa que vemos hacia ella converjan y se le integren dando el sentido

*que para nosotros tienen, y que sintetizan entonces todo lo que nos dan lo que llamamos con displicencia “los cinco sentidos”, que no son más que agujeros del cuerpo erógeno. El ensoñamiento es la forma más densa de contener todo lo sentido, en tanto sentido, aún mientras la diferencia entre lo interno y lo externo todavía existía; donde el sueño formaba el sentido que el despertar le agregaba dentro de un continuo donde las diferencias se integraban y se organizaban. La materia que es o subyace en cada cosa para que exista nunca es vista como la describe la mirada teórica del físico o del químico (o de la fisiología a la cual Marx acude en *El fetichismo*): siempre los espacios infinitos que aterraban a Pascal están presentes cuando miramos el cielo como fundamento de la percepción personal que tenemos: su materialidad vista, por más distante que sea y que nos afecte, siempre está acompañada de la resonancia que le da la materia ensoñada con la cual la vemos. Y por eso los espacios infinitos a Pascal lo espantaban aún cuando los pensara matemáticamente –como también a nosotros. Porque el ensueño es un continuo tan indisoluble e inseparable como el sentimiento de ser cuerpo, que está siempre en acto, y es*

la permanencia continua de la vida que nos acompaña con una resonancia inaudible e indistinguible, sin distancia: si no la sintiéramos siempre (no) seríamos nada. Esa “resonancia” es la que nos da el sentimiento de estar vivos y no muertos hasta cuando dormimos. Porque el cuerpo nunca duerme para estar vivo: sigue elaborando el grano menudo de nuestra propia carne. Y aunque no tenga sueños, esta resonancia es el eco o el éter que es el acompañante de la materia viva. Sin ella el “pienso luego existo” aparece como un acto primero siendo que es un acto segundo, cuando no estoy seguro de lo que siento como cuerpo vivo. La existencia consciente es un acto segundo que desdeña ese primero sin el cual la conciencia no hubiera existido. Y es lo que nos permite decir que “somos” cuerpo humano, porque ese sentimiento de estar vivo ya está impregnado de lo que el sentimiento de lo vivido con la madre le ha sobre-agregado y que lo ha subsumido. El idealismo es la creencia de que ese sentimiento desdeñado como mera vida corpórea no es diferente en un cuerpo animal que en el cuerpo humano, que nació prematuro y al que la experiencia con el cuerpo materno le agregó sensiblemente una dimensión histó-

rica que formará parte de su “biología”: un tegumento nuevo para contactar el mundo. El sentirse vivo del cuerpo, resonancia inaudible de tan inseparable de la vida que sigue elaborando el cuerpo para seguir estando vivo, esta vida oscura de cuyo trabajo insomne no tenemos conciencia, sólo nos es dada en el sentimiento de ser un cuerpo humano. Es la conciencia sensible de la unidad de nuestra existencia, diferente a toda otra porción de vida animada como la mía en tanto cuerpo. Es lo que nos lleva a preguntarnos: ¿por qué existe un cuerpo, dentro de todo lo existente, que sea yo mismo? Es el único y verdadero misterio: que exista un cuerpo que sea yo mismo. Es lo contrario de la puesta entre paréntesis fenomenológica para llegar a la esencia: en vez de poner entre paréntesis habría que abrir todos los corchetes y dejar que se expanda para reconocerla.

Lo ensoñado es el modo de darse la materia viva cuando se ha metamorfoseado en materia humana. Y sería, por lo tanto, como vos decís, “un momento absoluto originario”, indistinguible de la materia misma de nuestro propio cuerpo. Fue Freud, creo, quien quiso devolverle a la materia el ensoñamiento judaico que el cristianismo quería suplantar

con la pesadilla espectral del crucificado. “El año que viene en Jerusalén” era la expresión patriarcal de un retorno a la tierra prometida que resonaba por debajo como retorno al “suelo materno”, como Marx llamaba al “suelo” de la mitología, porque es la que daba sentido a toda creación artística, es decir a aquella que ponía en juego las resonancias más primitivas, bellas y plenas en la elaboración humana de la Naturaleza cuando la tecnología racionalista aún no existía, es decir nuevamente la del cuerpo originario de la madre.

Si esto no es cierto, aunque de manera aún aproximada, no sirve para nada lo que estamos pensando.

Un abrazo agradecido por lo que seguimos pensando juntos.

Leib

La celebración

*Se me olvidó que te olvidé,
a mí que nada se me olvida.*
Canción popular venezolana

I

Para que la verdad que el “espíritu” alcanza sea realmente verdadera, debe ser celebrada: por eso la pasión se alegra de haberla buscado y haberla encontrado. El espíritu recobra el *aliento* que lo dejó sin respiro y la celebración es la alegría que el cuerpo siente cuando la verdad pensada nuevamente destella: es la epifanía de los signos cuando estos se reencontran y se abrazan con su fundamento. La angustia se ausenta después de haber roto los límites que el terror nos ha impuesto y el cuerpo puede volver a desplegarse y enlazarse con los otros cuerpos. Recién entonces la verdad se hace patente: cuando recobramos aquella alegría primera de su surgimiento y la unidad perdida del origen, ahora ampliada, vuelve por sus fueros. Las pasiones dejan de estar

tristes y una alegría indecible empuja desde abajo a los pensamientos que se llaman más elevados: les marcan un camino cuando van errantes. Sólo el cuerpo, que contiene todas las premisas del pensar humano, construye con las ideas un silogismo bien temperado cuyas conclusiones nos llegan hasta el alma por los cuatro costados. Y esto es lo que busca y es lo que le falta a la espiritualidad pura e incondicionada que le saca el cuerpo al “rostro del *absolutamente Otro*” (Levinas) o a la “hospitalidad *incondicionada*” (Derrida), como si este agregado fuera suficiente para establecer un nuevo punto de partida para el pensamiento. Lo que le falta a la verdad incondicionada es esa condición primitiva que contraría su necesaria pureza: la quieren casta y pura como los hombres a Alfonsina Storni. Pero sólo **la celebración** rememora en el presente el acogimiento soslayado del cuerpo materno que actualiza nuestro origen, insistente en las palabras que lo prolongan para ser verdaderas: el regocijo por la presencia todavía viva de su rostro imborrable o la tierna hospitalidad que ella nos ha brindado mientras modulaba las primeras palabras. Esa condición ab-origen, trama primera de todo sentido, no puede ser soslayada. Si no, ¿dónde está la gracia?

Lo cual lleva en el decir filosófico a ese agregado inesperado si quiere sostenerse en algo cuando lo materno originario es ignorado: es rostro y es acogimiento materno lo que buscan para protegerse, pero le agregan en seguida la palabra “incondicionado”: es algo y es nada al mismo tiempo. Piensan tironeados (entre las pasiones tristes y las pasiones alegres) y no se la aguantan. Se ven arrastrados por ráfagas de argumentos y razonamientos que hace dos milenios se vienen enroscando en ese ojo tormentoso que con sus bramidos los espía y los desafía. Las bibliotecas se desmoronan y se les caen encima. Entonces se hacen eruditos para detener el tiempo y retienen de la experiencia infantil la eternidad en acto del sin tiempo materno, en el cual instalan al pensamiento (*si, como se dice, le debemos una muerte a la naturaleza, a la madre en cambio le debemos una vida*). Necesitan invocar una presencia antigua para protegerse, un rostro amoroso o un abrazo amistoso a cuya densidad sensible se apunta, pero se dan vuelta para soslayarla. Evocan un cuerpo afectivo intensivo, pero como no lo soportan inventan un concepto que excluya para ser concepto las condiciones primeras, arcaicas y sensuales

de su surgimiento. Entonces recurren a lo “incondicionado” filosófico –petición de principio que no tiene condicionamiento previo: *a priori* le dicen– porque preexiste y funda racionalmente todas las condiciones. Pero hay otro incondicionado, sin condiciones, que el niño vive con la madre: lo “in-condicional” de la entrega que el primer amor supone. “*La quise porque la quise*”, como me lo recuerda una canción popular de mi infancia. Así de simple y así se la rememora: lo incondicionado primero, condición sin condiciones, no necesita más nada. Tiene la certidumbre del origen imborrable porque desde allí se inicia todo lo sentido y todo lo pensable. La condición primera, que fue vivida como incondicionada por el niño, no puede ser transmutada en un incondicionado filosófico: sería la forma de un pensamiento tan arcaico como lo absoluto sentido de la madre ensoñada sobre cuyo vacío la filosofía se piensa con su mitología cristiana. Lo sienten pero no lo saben.

Ese amor a la sabiduría es un delirio que perdió en el camino ese amor pluscuamperfecto, para siempre ido, lleno de atractivos, que seguimos buscando con un cuerpo de palabras que creemos puras porque han olvidado el sentido originario que nos había

deslumbrado pero que nos ha dejado su impronta fulgurante. Lo incondicionado filosófico, que soslaya la condición gestadora e histórica de su surgimiento, es en cambio la garantía para no pasarnos de la raya que el terror histórico ha marcado con sus conceptos para distanciarnos de la experiencia viva que el cuerpo anima cuando piensa. El absoluto teo-filosófico del Ser espiritual ignora que la memoria de la madre arcaica es la cantera de donde se ha extraído la experiencia prima para construir con ella los conceptos de lo infinito, de lo absoluto y de lo incondicionado, tan incondicionada y tan infinita como es la madre para todo niño, en ese tiempo sin tiempo en que éste aún no sabe nada de las condiciones de la “realidad” del mundo. La religión occidental y la filosofía tienen ambos el mismo presupuesto mítico-cristiano: la génesis histórica individual del acceso material a la Historia ha quedado excluido. Lo hacen pero no lo sienten.

Por eso la filosofía, que es desde su origen política –queremos decir que se apoya en el golpe de estado patriarcal y viril para imponer su dominio sobre las damas (madres y mujeres temidas y anheladas)–, soslaya de su pensamiento el origen del poder absoluto

de la vivencia arcaica materna que utilizan ahora en su provecho. El *a priori* patriarcal que funda el pensamiento es un *a posteriori* del poder materno que oculta su origen en su pretensión de dominar como verdadero. No debemos volver a encontrar ninguna condición ni material ni afectiva que supere la racionalidad impuesta, proclaman: lo incondicionado es lo que el poder de la razón filosófica necesita para limitarla y excluir el origen amoroso del pensar humano. Aceptan que nacemos entre heces y orinas, pero no quieren saber nada que es desde el útero gestador de donde nace el pensamiento, y aceptar entonces que la experiencia primera con la madre es el suelo nutricio sobre cuyo fondo el pensar se engendra. En un mundo donde nada existe sin condiciones pretender agregarle una pizca de sensible (como si eso bastara) para que Alguien incondicionado y trascendente nos hospede o nos mire, (porque para hacerlo debemos vaciar su rostro sensible y convertirlo en Rostro conceptualizado, pero conservando su rastro) es anhelar obscuramente, pero sin decirlo, que el útero materno vuelva a contenernos. Porque es la tenaz subsistencia de la celebración primera la que sigue sosteniendo, aunque impensado,

a lo incondicionado filosófico, pero ahora transformado en puro concepto: para que la celebración pagana no exista en el pensamiento que sólo debe deslumbrarse cuando la Verdad del Ser se desnude como Aletheia (la Aletheia, la verdad revelada, para no asustarnos no tiene cuerpo femenino, aunque sean las diosas griegas las que le abren a Parménides el camino del conocimiento verdadero. Si esperamos luego al último Dios de Heidegger es porque las Diosas primeras han quedado mudas o aniquiladas junto con sus hijos en los campos de exterminio).

II

Los filósofos “célebres” –casi todos ellos– intentan ocultarnos la celebración originaria balbuceada ahora con palabras griegas, como si esa fuera la lengua inicial que todas las madres nos hablaron. Necesitan tener un Dios aparte (y sabio) para protegerse de ellas. No saben que la plenitud de ese Ser absoluto del cual sólo conocen su enunciado –*Verba sin Res*– en el que ubican el poder de todos los poderes, se inaugura y se remite a la marca indeleble de la plenitud vivida con

la madre de la que sólo les queda el áurea vaporosa de una experiencia que nunca alcanzó a expresarse, porque su experiencia indecible es anterior a las palabras. Sólo sus ecos sin representación encuentran luego la conciencia que, para serlo, abre el campo del sentido pensado desde un desierto que en vano quieren arar, porque mientras lo hacen destruyen con su herbicida teórico la tierra sobre la que sólo brota la clarividencia fría de una única flor oscura: la raíz de una palabra que engendra a la otra, como si las palabras se nutrieran como el clavel del aire.

Ambas celebraciones, la arcaica materna y la filosófica, necesitan condiciones: ser celebradas por el rostro presente del otro. Rostros diferentes, es cierto. La filosofía, después de deambular tanto, tras su última crisis luego de fracasadas las revoluciones en la post-guerra mundial, vuelve al mito del viejo Parménides para llenar con la Diosa, sin nombrarla —no un Dios masculino— el lugar de sus primeros conceptos en el camino que ella le había abierto al efebo que piensa: “*el ser es; el no-ser no es*”. Esa es la certidumbre del ser originario. El ser primero que nos trajo a la vida lo llenaba todo: el no-ser desde el ser primero no tiene

cabida. Sólo nos dice que el ser *es*: por eso parte de aquello que hizo posible que nosotros seamos seres indudables. Cuando el ser parmenideano excluye la presencia viva del ser femenino de las diosas que nos enseñan con sus pensamientos, entonces los filósofos que piensan con nuestra mitología cristiana lo metamorfosean en Ser y en esencia de un Dios absoluto, abstracto y masculino.

Pero como la madre no es predicable ni podemos sintetizarla sin primero denotarla sensación a sensación, sentido a sentido, y actualizar entonces el ensueño primero, ese éter que emana del cuerpo donde persiste como efluvio amoroso de una sangre viva, talan las raíces que llevan sus nutrientes al árbol de la filosofía (y del pensamiento). La Nada a la que fue reducida la madre plena, cuyo anverso es el Ser abstracto que nos domina, es el lugar necesario de partida que inaugura ahora sin ella el pensamiento, con cuyos contenidos sensibles negados, sin embargo, se lo ha construido como puro concepto.

Pensar el Ser en la filosofía moderna es pasar del mito griego imaginal al concepto como puro pensamiento que rompió amarras con ese mito, sin darnos cuenta que lo hacemos con un mito nuevo, el del Verbo cristiano, ese

inmaterialismo (Koyré) que inaugura la re-negación de lo materno del cual parte: abrió el espacio de un pensamiento cuya filigrana lógica pasó a la forma sin contenido sensible para que su existencia se haga decible. Y que cuando en filosofía hablamos del ser, en verdad ellos hablan de una cosa y nosotros hablamos de otra Cosa.

Es cierto, la lengua materna originaria, esas “lenguas del Paraíso” (Olender) que la lingüística deja de lado, no conoce las palabras ni las significaciones abstractas todavía. Sólo una palabra, un nombre que lo engloba todo podría mentarla, pero al pronunciar esa palabra que la evoca quedamos en suspenso y la reflexión se inhibe y sus rayos enceguecen: cuando la decimos en voz baja no podemos pensar en más nada, porque sólo desde su invocación surgió con ella el pensamiento y luego, pero sólo luego, la primera palabra que la nombra. Mejor dicho: era ya pensamiento pero sin re-flexión todavía. Hagamos una prueba. Pronunciemos en voz baja su nombre, evoquémosla adultos ahora como cuando niños lo hacíamos repitiendo los sonidos de su boca que la nuestra modula (*ma-má*) y nos daremos cuenta de cómo ese soplo cálido nos invade el cuerpo y somos nosotros su caja

de resonancia afectiva e imaginaria, nunca vacía, que sigue siendo el “elemento”, el éter ensoñado por el cual circula todo lo que aún decimos: el cuerpo *de profundis* la celebra todavía. Cambiemos a Dios por madre originaria, palabra viviente a la que le fue usurpado su contenido vivo para transferírsele al Dios abstracto, y veremos que volvemos a encontrar la fuente del origen prehistórico de la palabra en la historia personal del acceso a la lengua desde la infancia arcaica.

La palabra Ser es radicalmente heterogénea con lo que evoca el nombre “mamá” enunciado en voz queda: la una vacía, la otra llena. Es el destello de su presencia viva en nuestra vida el que anula y vacía a la palabra mayúscula que quiere ocultarla. Cuando decimos “el Ser es”, creyendo actualizar la punta extrema del pensamiento que piensa sin pensar desde ella, ese vacío de contenido es todo lo que queda luego de aniquilarla como fundamento. Como si el mundo no hubiera sido al comienzo la extensión infinita de su cuerpo. ¿Ya no miran como los antiguos a la Vía Láctea cuya leche se expandía hasta llenar el cosmos? ¿Quién va a mentar la raja de su lengua húmeda que ha parido al pensamiento, cuando el cuerpo de la filosofía quiere suplantarla

luego de haber detenido y congelado su despliegue ensoñado con un cuenco lleno de palabras frías y de citas sabias?

III

Pero lo importante es preguntarnos por el Ser: ¿cómo es posible que esa sola palabra dé qué pensar al pensamiento? Como si el mundo pudiera ser pensado despojando a la historia de su origen humano. La palabra Ser es la forma última de decir y llamar al Todo desde no tener nada *in mente*: sólo desde la experiencia previa de quedarnos vacíos podemos postular con una palabra ese todo inasible que primero adormecen nuestros contenidos vividos para poder decirla.

Y luego nos congratulamos, sin asombro, de que la bomba atómica sea el producto de haber descubierto el secreto de la estructura racional de la materialidad física del cosmos para aniquilar la vida. Ocultamos el secreto histórico de la mater-ialidad materna, como si la densidad ensoñada que la madre le agrega a la naturaleza de las cosas no fuera el fundamento de la materialidad humana que quedó suspendida.

Decir *Ser* como si fuera Algo es haber querido alcanzar de golpe el Todo originario de su ser madre toda sentida, atravesado y deslindando de golpe todos los espacios interiores para aferrarnos a una palabra que es sonido impotente para contener nada, pues es sólo desde su lleno sentido, ahora vaciado, que el Ser es pensado. Con la negación del *ordo amoris* de la madre no se construye un orden nuevo que organice la materialidad del mundo, sino un orden antagónico vaciado de la materia viva, orden de cosas puramente cosas convocado a la muerte: éstas sólo pueden ser llenadas con una materialidad cósmica, puramente física, despojada de lo más humano que los hombres han creado en la tierra que desde su cuerpo se ha prologado.

Aceptemos entonces que hay una lengua aún anterior a la llamada indebidamente “materna”: ésta, que es segunda y patriarcal, estructura y ordena de otro modo el *ordo amoris* ensoñado de la lengua materna primera, que no es “lenguaje” todavía. Y por allí circula, castración mediante, en ese mismo “elemento” ahora aterrado e inundado de pesadillas, el espectro persecutorio alucinado del Verbo paterno que la ha desplazado. La castración que se implora para incluirnos en

la estructura de los significantes sólo piensa con los significantes encadenados al orden tenebroso de la jerarquía y el orden del lenguaje del padre. Metamorfosea la trama incipiente de su *ordo amoris* y la reorganiza modificando la jerarquía de sus valores que de inmanente se transforma en trascendente. Con el cristianismo culmina este proceso, cuando lo trascendente judío se transforma en un nuevo inmanente cristiano. Y eso se logra cuando la madre es transformada en Virgen. Cristo es el caballo de Troya que conquistó con sus astucias el fuerte haciendo tronar el escarmiento y penetró hasta ocupar el útero materno imponiendo con su triunfo al dios patriarcal en el trono. Entonces el Dios externo, infinitamente distante, se transformó en lo más interno: quedamos sitiados a dos puntas, sin salida. Ya no hay más lengua materna originaria: la lengua patriarcal, que es segunda, se convirtió en primera. Y se la llama “materna” para encubrir el matricidio, y todos los que allí nacen circulan ahora cual niños expósitos, con su nueva identidad falsificada.

IV

La primera celebración –que nos abrió sus brazos luego de parirnos con su cuerpo gozoso– ya para todos fue cumplida; la segunda celebración sólo queda como susurro añorado, arabescos que desdibujan lo que nunca más volverá a repetirse en momentos en que al pensar debemos excluirla. La *hospitalidad*, que es sensible para que sea algo, aunque para ocultarlo se le agregue el concepto de “incondicionada”, evoca el gasto placentero de la generosidad materna; lo *incondicionado* tacaño con el que se la ahorra despoja a la experiencia de su contenido originario y convierte en metafísica a la marca arcaica: el Ser es sólo un ser de palabras. Una vez más: se va desde la condición primera (**celebración** materna) y desde allí se elevan –es necesario hacerlo– hacia lo absoluto simbolizado incondicionado: si no, no sería filosófico.

Con esta astucia del alma hemos esquivado al terror que la distancia a ella dentro de nosotros mismos: entonces podemos “hacer” filosofía sin correr riesgos. El “celebrado” será ahora el filósofo astuto que con el despliegue de su pensamiento magno abarca todo el espacio de lo pensable, pero sin

peligro, desde el origen del universo hasta nuestros días: lástima que lo incondicionado abstracto que la encubre aparezca siempre demasiado tarde. Mientras la ciencia dice la actualidad acumulada de todo lo conocido pero cuyo origen sigue contenido aunque contundente en el presente, la filosofía en cambio debería volver cada vez buscando el origen perdido y rehacer todo el camino para poder afirmar algo en su pensamiento como origen de todo lo existente. Es decir, en esa primera relación negada en la cual confundidos nacimos, cuyo lugar creador del sentido se usurpa, allí se oculta y se desvanece la evocación arcaica de la materialidad sensible de la madre que fundará al Ser de puro “pensamiento”.

Cuando celebramos al filósofo “célebre” aplaudimos lo que él nos muestra porque al mismo tiempo que evoca lo materno convertido en *Cosa en sí* abstracta la sigue ocultando y nos preserva al llevar el pensamiento que se dice puro hasta el último extremo: allí donde de la Cosa sólo se retiene lo que de Absoluto o de Infinito tuvo su vivencia sensible originaria, como si no fuera desde ella que comienza todo para el recién nacido que todos hemos sido (y seguimos siendo). Es el placer

evanescente que los filósofos sienten por haber osado siquiera rozarla al esquivarla.

Los filósofos serían niños astutos pensando ese resto que asoma de lo que quedó visible de lo materno, pero congelado en la filosofía la cual, sin transformar el fundamento que la había originado, se actualiza como si siguiera valiendo para pensarla en la realidad actual tal como les es dada con las ideas que brotan, creen, sólo de la cabeza: “la idea de la idea” que Spinoza pone al comienzo del pensar filosófico, como si estableciera una distancia “inmaterial” entre ambas ideas, no es la que ellos interpretan. La primera “idea” para el filósofo judío surge enlazada con el afecto del cuerpo materno; la segunda, “la idea de la idea” —esa que ahora nos prestan como si el *no-ser* pudiera ser pensado como si lo fuera— abre e instaaura en cambio en la filosofía convencional ese hiato que la tala, la discontinuidad sensible y la distancia infinita entre una idea y la otra. La “idea de la idea” parecería entonces que metamorfosea también en mero concepto a la primera idea, al primer sentido que el cuerpo ha creado con ella, ahora distanciada, pero sin afecto: la marca sensible y afectiva por un lado, la idea abstracta por el otro.

En ese huequito que separa a una idea de la otra, reflejo de un reflejo, la nueva idea cree que es igual que la primera, sin darse cuenta que una cosa es la idea que viene de la idea y otra es la idea que prolonga en Spinoza la Cosa sensible primera en la idea. Por eso hay “ideas” e ideas. Podríamos quizás decir entonces que para Spinoza es el ensoñamiento, con el que se vive y se prolonga en nosotros la substancia materna, el “elemento” o el éter, la sutil materialidad que sigue sosteniendo y engendrando la circulación de las ideas y el paso de una idea a la otra. Como el pensamiento construyó los conceptos incondicionados de las categorías “a priori” del tiempo y del espacio como si realmente no hubieran tenido condiciones en el “sin tiempo” y en el “sin espacio” primero del cuerpo materno, el “a priori” en la filosofía oculta su ser “a posteriori”. Substituye un origen por otro, la experiencia arcaica, la “sustancia” o la Cosa desde la cual el pensamiento se abre, y nos distancia de ese primer “incondicionado” sentido como a-temporal, vivido como un sueño por el recién nacido, como el absoluto que en verdad para él lo era: su madre. Y esto no se llena con los existenciaros.

V

Esa es la condición oculta de lo que aparece como si no tuviera condiciones: lo incondicionado filosófico. Por eso el pensamiento del filósofo siempre roza los límites que la ocultan al mismo tiempo que nos hace evocar en sordina lo clandestino impensado: si no, no entenderíamos nada. Buscamos animar en el mundo material externo lo que ya estaba desde antes y que fue tachado y quedó sólo como interno, siempre esperado y siempre frustrado, hasta que surja de nuevo con la llegada del Mesías filosófico. No saben que lo que están esperando que llegue ya ha llegado, que lo que esperan que se abra ya está abierto, porque está allí desde siempre y de tanto sentirlo ya no pueden verlo ni tampoco pensarlo. La realidad simbolizada deja entonces fuera del pensamiento la materialidad ensoñada que la madre le agrega para pasar a pensarla sólo con conceptos que los signos sostienen: la última lima filosófica, erizada de agudos y filosos conceptos, le da su acabado a todo lo sensible para que quede liso en tanto puro pensamiento: sin pizca de madre ensoñada. Volvemos a ratificar su ausencia en el presente con el pensamiento

que nos han dejado para que pensemos sólo lo que ellos quieren: para que pensemos todo sin que recordemos nada de nuestro pasado.

La celebración primera —que no puede prolongarse en los conceptos— ha sido retenida y conservada para actualizar a la madre como realidad alucinada sólo en la mitología religiosa. El óvulo sagrado, que Dios ha fecundado para que futuro infinito también haya para el adulto que olvidó su infancia, tiene ahora sólo a la Santa Familia de la Trinidad Sagrada como su pasado. El mito religioso que nos sobrevuela a todos es el que ordena nuestro discurso filosófico sin que nos demos cuenta.

Antes que el pensamiento racional y científico moderno apareciera, el pensar era poético: existía la metáfora donde lo ensoñado se ampliaba y el horizonte del mundo se extendía. La poesía y la música significaban entre imágenes y ritmos que sostenían las palabras y vibraban sonoras en el diapasón del cuerpo. En ese espacio luminoso aparece todavía lo ensoñado engendrando el sentido, y volvemos a acunar ahora nosotros ese niño que todos hemos sido. Y nos sorprende: lo ensoñado vuelve a despertarse atravesando el pensamiento vigilante de la nueva

conciencia. Porque la fría conciencia es una conciencia segunda, que el terror separó de otra previa que se extendía desde la materialidad ensoñada del cuerpo materno. Heidegger confunde al Ser abstracto con el ser vivo y sensible de la madre arcaica que en sordina le sigue hablando y él sigue negando, obstinado, en el génesis que la filología le enseña de una historia que elude el origen histórico de la creación humana del sentido escondido en las palabras últimas de la cultura griega, sarcófagos sagrados que guardan los restos de una historia insepulta del significar humano. Del origen sólo le llega su eco metamorfoseado por el terror teológico que le marca la angustia, también segunda, del ser (destinado) a la muerte cristiano.

El mundo debió ser poético en el matriarcado, si alguna vez hubo algo semejante, porque está en contradicción ese pensar filosófico con la celebración materna. En los lazos adultos la celebración materna (donde las madres y los niños reviven todos los días, al menos por un tiempo, la prehistoria pasada), esa celebración está radicalmente convertida en simulacro: a los adultos la filosofía académica les vende ilusiones frente a una verdad originaria que ha naufragado

en el acto mismo de querer pensarla. El origen humano del intercambio que hizo posible la existencia, ese comienzo todavía sigue presente, nunca ha desaparecido, y se renueva cada día en cada madre que acuna a su hijo: allí reverdece y nos muestra, como el primer suspiro con el que todos esperan entonces encontrarla al menos al llegar el último, la distancia siempre presente y siempre negada entre la celebración adulta y la celebración originaria, actualizada en los niños, oculta en nosotros.

Celebremos al menos poder recordarlo.

Naturalmente

Y para terminar el día, por si les interesa.

I

Cuando nos preguntamos por el origen de los ideales de la buena vida y del amor al prójimo, ese que la razón expresa como lo más alto que el Espíritu haya nunca alcanzado, en realidad estamos buscando su origen en un pensamiento que supere los apetitos individuales y animales de la carne. Como si en la Naturaleza el otro, al menos en tanto crío que está inerme y merece cuidado, no existiera.

Creo que estamos equivocados, porque su existencia ya aparece en acto, como si des-puntara en el hecho de que la vida exista creando más vida. Por lo tanto lo más sublime —el reconocimiento de la vida del otro y el sacrificio de la propia para protegerlo— estaría presente en la Naturaleza antes de que el pensamiento racional lo enuncie como puro

ideal del alma humana. Pensemos: cuando una hembra animal da a luz a sus crías, en ese momento en la Naturaleza se suspende la Ley de la Selva, y otro orden fugazmente despunta, tan distante de la bestialidad que le es propia. Para que el recién nacido subsista la hembra madre que lo ha parido arriesga y pone en juego su propia vida. No sólo lo alimenta mientras ella no come: le da a vivir de su cuerpo sin que el hijo le dé nada a cambio. Pone el alimento en su boca y lame su cuerpo para acariciarlo. Si alguien lo ataca se desespera y se pone loca sin importarle nada. Al poco tiempo la Ley de la Selva vuelve a separarlos como dos extraños.

Esto, es cierto, dura poco tiempo, la maduración del cuerpo del animal es corta y la independencia y la separación de ambos se produce de manera rápida. La cría dejará de reconocer muy pronto a su madre tanto como ella lo hará con su cría: se instalará entre ellos la indiferencia sin memoria. Este engendramiento y el cobijo fugaz no les marca la vida adulta ni tampoco crea una genealogía: no se inscribe en el cuerpo, les pasa por encima. Lo pasado pisado nunca es más cierto. La Ley de la Selva impiadosa substituirá

muy rápido al orden (¿fue acaso amoroso?) del cuerpo animal de la madre. Si bien hay un cuerpo que se vive en el afecto sintético de sí mismo (con su “alma animal” como decía Hegel), al engendrar a su cría no se abre en la hembra que pare un lugar persistente que retenga “naturalmente” la existencia del otro como otro uno mismo. Es un momento fugaz que pronto se desvanece.

II

En la vida histórica humana la creación de una nueva vida aparece como un “estado de excepción” dentro de la ley del Estado y por lo tanto le es previa, pues sin ella el Estado no hubiera existido. La excepcionalidad de la madre cobijante pasará luego al Soberano como protector de la vida de todos, que de este acceso a la vida retendrá sólo el momento del olvido, el de la segunda parte, y no el cobijo amoroso de la madre, que fue la primera. Si en la vida humana la existencia del hombre irrumpe con la aparición súbita de un *ordo amoris* materno donde todo nos es dado, este comienzo se interrumpe en el Estado para desarrollarse al servicio de una

excepcionalidad opuesta y que la contraría: la que implanta el Soberano quien, legalmente ahora, nos pide en cambio que todo le sea dado. Así como la espontaneidad cobijante de la naturaleza es transformada por la madre en un *ordo amoris* humano, en el Estado la “ley de la selva” de la naturaleza es sustituida en la historia adulta y metamorfoseada por el monarca quien, bajo amenaza de muerte, nos impone una legalidad patriarcal racional que cercena el orden amoroso materno. El darse gozoso de la madre es sustituido por el sacrificio impiadoso del hijo. La vivencia arcaica materna, estado que el recién nacido vive como el bien absoluto, es suplantada por el poder absoluto de la ley jurídica que se asienta sobre el estado de excepción del monarca. Ese es el primer espacio de vida histórica que conoce el recién nacido, sin el cual vida humana no habría, aunque la ley de la selva vuelva al poco tiempo y pase a contrariarla con su Ley racional que lo desplaza. Esto está oculto en el fundamento de la teo-ontología de nuestros filósofos. Con sus agudos conceptos escarban los dientes de su dentadura postiza.

Cuando se trata de la vida humana es como si en las madres patriarcalizadas tam-

bién volviera a abrirse un retorno al origen al que regresan en su ensueño maternal para volver a repetir, ahora con el hijo, las marcas originarias de su propia impronta arcaica cuando accedieron también ellas a la vida. Abren con el niño que han gestado una suerte de ámbito idílico donde el amor sin distancia y sin ley los enlaza. Ambos absolutos-absolutos coinciden: la madre actualiza su origen que la ley del Estado y la conciencia no alcanzó a borrar de su propia memoria arcaica; para el niño será su primera marca desde la cual se abrirá el espacio de su nueva vida. En el estado amoroso de la madre cobijante ambos viven una excepcionalidad que contraría todas las excepciones mundanas, legales y políticas, recuperando una excepción más antigua que quedó trunca y sin desarrollo en la cultura: el acogimiento materno de las hembras-madres para que vida humana y social haya.

La primera forma absoluta-absoluta, sin fisuras, que el niño vive viene, sin embargo, de una madre que, puesto que es madre humana, retorna de lo absoluto-relativo a la vivencia ensoñada de un absoluto-absoluto que ya también para ella se había perdido cuando lo absoluto arcaico se hizo relativo a la historia

adulta del Estado. El “dar a luz” al hijo es vivido por muchas de ellas como un inesperado orgasmo donde se resume el placer más intenso en la plenitud del cuerpo que durante un largo tiempo lo ha gestado en sus entrañas. Allí lo absoluto de la propia vivencia infantil arcaica permanecerá como religioso, absoluto-absoluto anacrónico que la religión “real-iza” como si lo absoluto permaneciera, traspasado, tal cual, como sostén de la vida temporal y material de la Iglesia y del Estado, cuyo fundamento para los sujetos queda situado ahora fuera del mundo. Lo absoluto de la vivencia arcaica que cada uno ha vivido queda objetivado como atributo de la esencia espectral de dios o del Estado. La experiencia arcaica, lo más recóndito, permanece en el mundo al lado (pero más allá) del mundo. Relativos sin absolutos, del cual fuimos expropiados. Ahora el Dios patriarcal y el Estado se han convertido en absolutos-absolutos, y nos quedamos en vida solos: solos, únicamente relativos al poder que nos domina. Lo que tenemos de vida absoluta, irreductible a toda otra, excepcionalidad misteriosa que emerge como “uno mismo” y que nada explica, aunque en la experiencia arcaica con la madre lo hayamos sentido, queda detenido, separado para

siempre sin poder prolongarse en la historia que lo hizo posible. Lo relativo del tiempo de la vida humana y perecedera, pero al mismo tiempo relativo a la historia, a la vida, pasará a investir al Estado. Corta la memoria: de su impronta imborrable queda sólo la marca materna, pero la interrumpe para congelarla y hacer imposible que se prolongue en la vida que se continúa. Madre interrumpida. El Estado la deriva en el tiempo al sin tiempo arcaico para hacer que su absoluto ensoñado invista su poder estatal relativo como si fuera absoluto. El acogimiento materno queda como una promesa trunca que sólo el infinito de un tiempo sin vida podrá acogernos. El tiempo lo marca el reloj racional del Estado, pero el devenir materno de su origen ha quedado detenido. Está la memoria del cuerpo vivido con la madre y está la memoria que el terror ha marcado al desplazarla y dejarla como un puro sentimiento flotante, sin sostén en nada, salvo esta conciencia amputada de su origen, que busca a tontas y a locas nuevamente su asiento perdido. En la Religión y en el Estado ambos coinciden en expropiarnos de nuestro fundamento: se quedaron ambos, luego de aterrarnos, con la vivencia sensible de lo “absoluto” materno, con el cual han construido

en cada sujeto un vacío sin fondo, inmaterial e infinito, y nos han dejado sólo lo “relativo” de una vida sin memoria de su origen y, por lo tanto, sin sentido.

La “naturaleza”, eso que los hombres excluyen de sí mismos y por eso así la llaman (como si en ella sólo existiera la ley de la selva sin la excepción fugaz de la cría), sería entonces lo más externo dentro de lo interno de nuestra propia existencia. No retienen la prolongada historia que en el elemento de la naturaleza la historia humana ha creado: los momentos del tránsito no han dejado rastros. ¿Cómo los hombres, en la primera infancia de la humanidad, han creado las lenguas? Tampoco el gorgogeo “natural” que se va modulando y se hace sentido en el prolongado tiempo de la experiencia del niño con el cuerpo y la voz de la madre aparece como fundamento de la lengua que hablamos. Lo único que tenemos para poder pensarlo es un solo hecho: que ese acontecimiento se sigue repitiendo en cada hombre nuevo que nace, sin el cual lengua humana no habría. Pero algunas mitologías no lo olvidan aunque las ciencias de la historia no tengan “datos” empíricos de dónde agarrarse: por eso los mitos que tienen una memoria más abarcativa trazan el géne-

sis del advenimiento del hombre no con los conceptos sino con el afecto y con lo imaginario materno. Hay que descifrarlos, es cierto, pero los mitos, para que el pasado humano sea completo, conservan ese advenimiento que la razón científica omite, pero como lo viven como si fuera sólo una fantasía puramente subjetiva los dejan de lado. Lo llaman politeísmo, paganismo, puramente imaginario. No se dan cuenta que el mito cristiano, que ordena todo el horizonte de la cultura en la cual han nacido y en la que luego algunos son formados como hombres llamados “filósofos”, es el que traza las líneas fundantes de todo lo que ven, imaginan y piensan: que el mito cristiano, cuya forma extrema los organiza, es la premisa imaginaria, persecutoria y aterrada que los fundamenta.

III

Entonces pensamos en la “naturaleza” humana. Es extraño que no exista otra palabra para diferenciarla, porque cuando decimos “Espíritu” ya dejamos de lado el origen de la creación de los hombres por sí mismos, y pasamos a la creación *ex nihilo*: a la mitología

patriarcal que a cada uno nos ha conformado, y con ella llenamos el vacío de la lenta y morosa historia originaria. Dejamos de lado el llamado “tránsito” de la naturaleza a la cultura y al ocultarlo aceptamos el sacrificio doloroso y sangriento de lo materno, esos ritos de iniciación que Micea Eliade propone como necesarios para que espíritu triunfe sobre la animalidad de la carne. Al hacerlo también despreciamos y lo damos como negativo ese extraño y prologado momento –el único del que que disponemos– donde la madre forma durante un largo tiempo eso que llamamos “simbiosis” con el cuerpo del hijo luego de engendrarlo. ¿No vemos aparecer también allí nuevamente, para que espíritu humano haya, la suspensión de la guerra de todos contra todos, ese “Homo hominis lopus” que Hobbes proclama en los comienzos de la sociedad burguesa junto con el dominio de la riqueza amonedada y de la mercancía? ¿Por qué no se retuvo la función de las lobas cuando engendran su cría como un breve estadio de paz que le abren para asegurar su vida? En la relación de la madre humana con el hijo, que ya no es sólo por un corto momento, ¿no desaparece, amenazando al sistema de dominio económico, religioso y político con

su *ordo amoris*, ese “reino animal del espíritu” como llamaba Hegel a la Ley de la selva de la sociedad burguesa donde el hombre es un lobo para el hombre?

¿No será ese momento preparatorio vivido con la madre lo que la razón patriarcal teme que permanezca y colme así el vacío del génesis que el presupuesto mitológico patriarcal llena con su concepción dualista del mundo, que es previa al que la razón piensa luego? Cuando la lengua materna primera desaparece, transpuesta y sustituida por la lengua patriarcal que también la madre habla, ¿no es éste el momento en que las madres vencidas muestran el lugar extremo de donde fueron desplazadas, el que ellas cedieron ante la fuerza bruta del hombre en la historia humana?

¿No sucederá entonces que el “espíritu” del reino animal, en ese momento fugaz y persistente del acogimiento del otro sin el cual vida no habría —y tampoco historia— se ha prolongado en la corporeidad histórica ensoñada del cuerpo gestador y anhelante de la mujer-madre debido a la prematuración que caracteriza a la especie humana, donde se alarga el tiempo en que el cuerpo madura y

la cultura y la lengua al labrarlo se hacen naturaleza de tan honda que se hacen? ¿Las madres no suspenden ahora por un largo tiempo esa “animalidad humana” en la cual los hombres, juntos con Hegel, creen que se cae, como si no fuera algo que las madres mismas han creado para que la vida subsista como vida humana? ¿Y allí haya anidado y desarrollado el huevo de la nueva vida histórica —la memoria indeleble de una vida feliz, sin violencia ni muerte, que en el hijo permanecerá grabada para siempre— que toda madre incuba para que vida humana haya, que si no no existiría como ideal ni en la religión ni en el Estado ni en la ética? Aunque luego, como corresponde a la dura humanidad de los hombres, vuelva a instalarse de nuevo entre nosotros, con la Ley que la amenaza de castración y su terror hicieron posible, el “reino animal del espíritu” que el mito del patriarcalismo cristiano nos ha impuesto al implantar de la manera más brutal y contundente el deslinde del cuerpo gestador y gozoso de la madre, elevándolo a la virginidad (insípida, inodora e incolora) de María. Para que olvidemos para siempre que el origen desde el cual el Espíritu humano se desarrolla ya estaba germinando en la

mater-ialidad de la naturaleza despreciada misma (y que por eso la siguen llamando con el mismo nombre), en el temido ardor amoroso de la hembra humana que despierta cuando gesta desde sus entrañas. ¿No será ese origen siempre presente en cada hijo que nace de madre el que los hombres llamados “filósofos” y “de ciencia” siguen temiendo que aparezca? ¿Y que por eso prefieren dejar sin analizar ni criticar el mito cristiano que está organizando cada cabeza que piensa tanto en la filosofía como en la ciencia?

Este sería, lo confieso, el lugar desde donde emerge a ratos mi optimismo extremo frente a la desazón que a diario nos agarra. Y lo veo cuando miro a Claudia junto a nuestras hijas Lara y Nathy, y ellas dos me miran como si se dijeran: “*¿en qué estará papá pensando?*”

Domingo, 30 mayo 2010



Orden cósmico | 2005, óleo sobre lino, 140 x 60 x 4 cm.



Alegoría | 2005, óleo sobre lino, 140 x 60 x 4 cm.



El lago | 2004, óleo sobre lino, 76 x 102 x 4cm.



Una realidad separada | 2003, óleo sobre lino, 140 x 115 x 4 cm.